



DAVID SANDISON

**NA** Si habíamos  
**RRRA** llegado hasta  
**TIVA** aquí, si ya habíamos leído 2.500 páginas de Karl Ove, sobre Karl Ove, contra Karl Ove, y aún anhelábamos el colofón, las últimas 1.016 páginas del tomo sexto de *Mi lucha* (Anagrama), si preguntábamos a los amigos y a los libreros, si no habíamos olvidado a Knausgård durante estos años... será que algo bueno recibimos de él, de sus obsesiones, de sus excentricidades

y de sus borracheras. Algo que nos conmoviera o en lo que nos reconociéramos y que nos aliviara de los momentos de dudas, que no fueron pocos.

Ya está en las librerías españolas el desenlace de *Mi lucha*, la gran novela autobiográfica en seis tomos de Knausgård. El libro de llama *Fin* y en la fotografía de la portada aparece el perfil de Knausgård con un rayo naranja de sol en los ojos y con un paisaje marino al fondo, una imagen que evo-

ca todas las escenas veraniegas de fiordos y playas bálticas que llenan *Mi lucha*. Karl Ove, que ya posaba apuesto e intenso en las portadas de tres de los cinco tomos anteriores, podría ser aquí un vagabundo o un loco: el sol le da en los ojos y las pupilas están contraídas al mínimo; las cejas y las barbas aparecen erizadas como después de un día de playa y los surcos de la piel son aún más hondos en el claroscuro del atardecer.

Está bien elegida la foto: *Mi*

*lucha* se desliza en sus últimas páginas hacia una locura casi quijotesca, en el que las lecturas y las obsesiones de Knausgård entran en bucle.

Algo de información: a Karl Ove Knausgård lo conocimos los lectores españoles en 2012 como una noticia extravagante: al parecer, un escritor noruego con aspecto de rockero había escrito su vida en seis novelas compuestas de un tirón. En esa época, lo que más lla-

## KARL OVE KNAUSGÅRD

### *Aquella promesa de locura*

En el último libro de 'Mi lucha', todos los presagios de dolor de la serie se expresan en una divagación sobre literatura y nazismo en la que el narrador enloquece de libros como si fuera un Quijote moderno

POR LUIS ALEMANY

maba la atención de él era el título hitleriano de la serie y el detalle hiperrealista y la distancia emocional con la que narraba sus recuerdos. Si en una escena Knausgård contaba el viaje hasta la casa de su padre recién muerto, el relato se detenía en la marca del coche en el que recorría Noruega (Citroën), en el refresco que compraba

en una gasolinera (Sprite), y en la mosca que daba vueltas en torno a esa lata de Sprite. (Casi todo ocurre en *Mi lucha* en el verano escandinavo).

Después de tantas páginas junto a Karl Ove, ese hiperrealismo deja de llamar la atención. Una vez tras otra, seguimos leyendo frases del tipo: «Saqué la tarjeta de crédito para pagar, el dependiente me dijo que en total eran 140 coronas, le dije de acuerdo y tecleé mi clave». Alguien se preguntará que qué tipo de literatura se puede hacer con un material como ése y tendrá su parte de razón, pero ese debate ya lo pasamos en su momento. Se supone que Knausgård está aquí para reproducir la realidad y la realidad incluye muchos momentos llenos de marcas comerciales y conversaciones irrelevantes.

Eso sí: desde el principio existía un drama claro que tenía que ver con el padre muerto. Karl Ove y su hermano Yngve habían crecido marcados por aquel hombre, un maestro de escuela que les resultaba insondable cuando eran niños, que fue violento y temido cuando se convirtieron en adolescentes, y que, al cabo de los años, se volvió una figura errática que a veces

desafiaba a sus hijos y a veces les suplicaba su afecto. Murió alcoholizado en la casa de su madre, la abuela de Karl Ove e Yngve, que, por cierto, también bebía alcohol como una cosaca. Es probable que la imagen que los lectores recordemos más nítidamente de *Mi lucha* dentro de muchos años, cuando ya hayamos olvidado todo, sea la de los chicos Knausgård limpiando los restos de su padre, la porquería acumulada durante dos años de abandono. En cada armario de la casa, en el hueco del lavabo, debajo de la cama aparecían botellas de licor vacías y colillas aplastadas y Karl Ove lloraba y lloraba y lloraba entre las bolsas de basura.

A partir de esa imagen, el relato reconstruía la vida de



Karl Ove a desde el trauma familiar. Aparecía por ahí la infancia, llena de fútbol, de música pop y de recuerdos idílicos relacionados con la naturaleza. Aparecía la separación de los padres y el desarraigo de los hijos. Aparecía el descubrimiento del deseo romántico (romántico más que sexual) para Karl Ove, de una intensidad muchas veces insostenible. Aparecía un año casi sabático, al terminar bachillerato, en el que el escritor marchaba a dar clase en un colegio de pueblo en el extremo norte de Noruega, un lugar en el que el sol no salía desde noviembre hasta marzo.

Aparecía Bergen, la ciudad en donde los dos hermanos estudiaron en la universidad y donde Karl Ove descubrió la literatura y la vida bohemia. Durante algunos años, el estudiante Knausgård fumo hachís y bebió compulsivamente, se metió en problemas por ello, se enamoró y sufrió muchísimo. Karl Ove, alto y guapo y talentoso, escondía un secreto: nunca se había acostado con nadie y el debut le daba pánico. En un día de angus-

tia y alcohol, sintió el impulso de autolesionarse. Se llenó la cara de cortes.

Aparecían también algunos momentos felices o, al menos, propicios: por ejemplo, un trabajo de verano en un psiquiá-

trico, una primera vez en una casetta de campaña y un primer matrimonio razonablemente feliz, aunque acabara con mal sabor de boca. Tras el divorcio, Knausgård se fue a vivir a Estocolmo y se reencontró con una antigua conocida sueca, Linda, con la que vivió cuatro meses de idilio inenarrable y, después, unos cuantos años de hijos, rutinas, reproches e incompreensión. La vida es así, Karl Ove.

En ese punto es en el que encontramos a Knausgård al comienzo de *Fin*. Linda y él tienen tres hijos y ya no viven en Estocolmo sino en Malmö. Su vida parece acomodada pero no pueden comprar nada a crédito porque sus nombres aparecen en una lista de morosos. Ella pasa unos días en casa de unos amigos. Él se queda con sus tres hijos que deben de tener entre tres y siete años. Cuando los deja en la guardería, vuelve a casa a cerrar los últimos flecos an-

tes de publicar el primer tomo de *Mi lucha*. Parte del trabajo consiste en encontrar a las personas que aparecen en el relato (antiguos amigos, novias y familiares), explicarles en qué consiste su proyecto y ofrecerles la posibilidad de aparecer con un nombre ficticio.

Todo el mundo reacciona con generosidad menos Gunnar, el hermano pequeño del padre de Knausgård, un hombre juicioso y querido por sus sobrinos que sólo tiene un par de apariciones amables y no muy trascendentes en las novelas. Sin embargo, Gunnar monta en cólera ante lo que considera un ultraje contra la memoria de su madre y de su hermano. Denuncia a Karl Ove y a su editorial y, lo que es peor, le envía una sucesión de correos gravemente injuriosos y llenos de furia contra sus sobrinos y contra su madre, a la que acusa de haber destruido la vida de su hermano.

Y Karl Ove, una vez más, llora y llora.

Los abogados de la editorial recomiendan que cambie el nombre de su padre en el relato pero Knausgård, que está dispuesto a cambiar cualquier otro nombre, protesta. Aparece otra solución: su padre aparecerá en *Mi lucha* sin nom-

bre propio. La narración se referirá a él como «mi padre». Y en ese momento empieza el episodio final en el viaje a la locura de Karl Ove Knausgård.

El narrador, casi desquiciado, reflexiona sobre el significado de esa decisión. ¿Qué implica no tener nombre? La pregunta abre una divagación de 420 páginas que al comienzo tiene el aspecto de un ensayo de crítica literaria en el que aparecen Hamsun, Dostoievski, Joyce, Cervantes, Dante, Shakespeare, Kafka, Hölderlin, Virgilio, Zweig, el Antiguo Testamento, Paul Celan,


tor que escribe contra el mismo aunque puede que Knut Hamsun le dispute ese honor. Y, entonces, salto mortal: el hilo de Hamsun y el idealismo, lleva hasta Adolf Hitler.

De pronto, Knausgård se convierte en un Alonso Quijano al que vemos enfermar de libros. Su grial consiste en demostrar que Hitler no era alguien naturalmente destinado al mal. Para ello, se apoya en el relato de August Kubizek, el único amigo de infancia del Führer y dedica sus mejores esfuerzos a desmentir la biografía oficial de Hitler, la de Ian

historia personal de Adolf Hitler. Los dos crecieron en ciudades de provincias aburridas y en familias de clase media aterrorizadas por sus padres violentísimos. Los dos fueron niños tercos y muy serios y los dos sintieron terror por el sexo cuando llegó la adolescencia. Los dos emprendieron carreras artísticas pero Hitler fracasó mientras que Karl Ove salió adelante y puede que eso lo salvara de convertirse en una persona odiosa.

¿O acaso es Knausgård una persona odiosa? ¿Acaso tiene razón el tío Gunnar y sus libros son una traición monstruosa?

Si hemos llegado hasta aquí, si hemos acompañado a Karl Ove durante tantas páginas, algo tiene que habernos dado. Puede que fuera su manera conmovedora de retratar una vida en sus dolores más íntimos y en sus minucias, incluidas las latas de Sprite. O puede que fuera por la promesa, aplazada durante miles de páginas, de verlo enloquecer definitivamente.

El último capítulo de *Fin*, sus 270 páginas finales representan la pelea por conservar la razón, siempre frágil. Por eso el título de *Mi lucha* que alguna vez, hace años, nos pareció una broma. 

## Knausgård indaga en la vida de Hitler con un negro presagio: la idea, nunca expresada, de que sus años de formación se parecen mucho

Klemperer y algunos escritores noruegos desconocidos para el lector español. ¿Alguna idea destacable? Las páginas que dedica a *El idiota* de Dostoievski son bonitas: sostiene Knausgård que Dostoievski es el último au-

Kershaw, al que reprocha que moralice en su presentación de los hechos.

Pero lo escalofriante no es eso. Lo escalofriante es la sensación, obvia, de que Knausgård, nuestro amigo Karl Ove, se reconoce en la